

DISCURSO DE JOSÉ DÍAZ NIEVA

Hace algunas semanas Miguel Ayuso preguntaba a un servidor si podría dirigirse al grupo de amigos de la Ciudad Católica en la festividad de nuestro Patrón, Fernando III el Santo. La verdad es que aquella pregunta la tomé un tanto a la ligera, con la esperanza —tal vez— de que se le olvidase o bien de que encontrara un orador mejor para la ocasión. Como ustedes podrán comprobar no ocurrió ni lo uno ni lo otro, y héme aquí, de pie, ante ustedes. El listón de los oradores que me han precedido en veladas anteriores está muy elevado y uno no sabe si estará a la altura que la circunstancia merece.

La verdad es que la figura de San Fernando ha estado unida muy íntimamente a la vida de quien les habla, sobre todo en su infancia y adolescencia. No por nada en particular sino simplemente por que mis primeros años escolares los cursé en las Escuelas Pías de San Fernando; el colegio que los Padres Escolapios tenían en el madrileño barrio de Chamberí, entre las calles Andrés Mellado y Gaztambide, a la altura de Donoso Cortés, antes de su traslado, en 1975, a su actual ubicación en Pozuelo de Alarcón. Año tras año, al acercarse estas fechas, se nos encargaba que realizásemos algún trabajo relacionado con la figura del rey Fernando III y no sé de que admirarme más si de la fe de los Padres Escolapios en nuestras capacidades o de nuestra fértil imaginación infantil al realizar aquellos trabajos.

Este no sería mi primer acercamiento con el mundo de los santos. Antes de mi ingreso en aquel colegio pasé algún tiempo en Alcalá de Henares, donde vivía con mi abuela y un tío sacerdote. De aquellos días recuerdo perfectamente cómo mi abuela me contaba la vida de los santos niños Justo y Pastor, bajo cuyo patronazgo está la bella ciudad complutense. Qué niño de cuatro o cinco años no abriría los ojos como platos y quedaría prendado con la historia de aquellos adolescentes que en un caluroso mes de julio del año 304, tras leer un Bando del Prefecto romano, por el cual se llamaba a la población a adorar a los dioses paganos, deciden enfrentar el poder de Roma al presentarse ante Daciano para comunicarle que ninguna ley de la tie-

rra les apartaría del Dios verdadero. Qué niño a esa edad no quedaría prendado con las historias de San Tarsicio, San Pancracio, Santa Lucia, Santa Eulalia de Barcelona, San Pelayo, Santo Dominguito del Val... Recuerdo tiempo después haber leído esas mismas historias en un breve librito titulado Niños Santos, cuyo autor era José Gros y Reguer; libro que había sido de mi madre y el cual me gusta releer de vez en cuando, tal vez movido por el intento de recordar una infancia ya pasada en la que se entremezclaba una mente demasiado imaginativa con el ansia de heroísmo, motivada —sin duda— por aquellas bellas historias de martirio y de amor a Dios.

No cabe duda que los Santos son un modelo a seguir. No hace mucho tiempo Monseñor Alejandro Goic, Obispo de Rancagua y Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile, lo recordaba con las siguientes palabras: "A lo largo de la historia de la Iglesia, el Espíritu de Dios va suscitando en hombres y mujeres dimensiones heroicas de vida cristiana. Son los llamamos Santos. El Santo es para la Iglesia la encarnación del ideal al que Cristo el Señor nos empuja y nos guía. El Santo es el comentario vivo del Evangelio escrito. Es el Evangelio anunciado en la vida de un hombre o de una mujer que estuvo sometido como nosotros al pecado, a la tentación y a la búsqueda de Dios en la Fe. El testimonio viviente de los Santos se prolonga después de su muerte. Los Santos son para la Iglesia una realidad siempre viva, actual. Señalan la posibilidad real de vivir a fondo la radicalidad del seguimiento de Cristo Jesús".

En el mismo sentido podríamos recordar las palabras que el año pasado nos dirigiera en su homilía Pablo Cervera, cuando nos recordaba la necesidad de acudir al ejemplo que marcaron aquellos que han sido llamados a la santidad para alejarnos del mundo hedonista que nos rodea. En aquella ocasión afirmaba: "Pasada la época desgraciada en que se olvidaron los santos como héroes de vida cristiana, sustituidos por otros héroes, es bueno que se [recupere] el ejemplo de los santos como modelo de vida".

Pero, volvamos a San Fernando. La verdad sea dicha es que de San Fernando se podrían decir muchas, muchísimas cosas. Seguro que ya se habrá hablado aquí de muchas de ellas, por lo que no caeré en la tentación de hablar de las gestas de aquel rey que no conoció la derrota ni el fracaso, y que ganará para Castilla-León y la

Cristiandad las ciudades de Baeza, Córdoba, Jaén o Sevilla; el rey que ordenará la construcción de las catedrales de Palencia, León, Burgos y Toledo. Pero, la verdad, no me resisto en lo particular a afirmar que aquel rey me caía simpático. Como gallego que uno es, aquello de que Almanzor en una de sus correrías por tierras galaicas entrara en Santiago de Compostela, la ciudad del apóstol, del Patrón de España, e hiciera transportar a hombros de los prisioneros que allí hiciera las campanas de la catedral para ser convertidas en lámparas de la mezquita de Córdoba no me agradaba lo más mínimo. Tal ofensa se vería compensada cuando tras la conquista de la capital del califato cordobés el rey Fernando III hiciera devolver esas mismas campanas al lugar que les correspondía, esta vez a hombros de otros moros descendientes de aquellos que cometieran tal tropelía.

San Fernando, que no buscó en sus conquistas la gloria personal, se consideraba "Caballero de Cristo, siervo de Santa María y alférez de Santiago". A él se debe en gran medida esa vocación mariana que encontramos en las tierras andaluzas. Recuerdo haber leído como solía llevar siempre consigo en todas las campañas en que participaba imágenes marianas. La toma de Córdoba en 1236 la efectuaría en compañía de una imagen llamada la Virgen de Linares, conservada ahora en el santuario del mismo nombre. En el caso del asedio de Sevilla el rey se hizo acompañar de tres imágenes de la Virgen María: Una de ellas es la Virgen de los Reyes, que presenta en el pie derecho una flor de lis, y que fue la que entró triunfalmente en Sevilla en lugar del rey cuando se consumó la conquista de la ciudad. Dicha imagen se encuentra cerca del sepulcro de San Fernando en la catedral hispalense. Las otras dos imágenes eran una Virgen de plata, que está en medio del retablo de la iglesia Mayor de Sevilla, y la Virgen de las Batallas, una pequeña talla de marfil que el rey solía llevar sobre el arzón de la silla de su caballo, y que también se conserva en la catedral de dicha ciudad.

Es curioso que este rey castellano estuviera emparentado con Luis IX, rey de Francia, elevado también a la santidad por Bonifacio VIII en 1297, tan sólo 27 años después de su muerte, ocurrida durante el desarrollo de la última de las cruzadas en las cercanías de la actual Túnez. Ambos reyes estaban unidos por fuertes lazos de parentesco, pues sus respectivas madres (Berenguela y Doña Blanca de Castilla) eran hermanas, hijas de Alfonso VIII de Castilla y Leonor Planta-

genet. ¿Casualidad? No soy quién para contestar a esta pregunta, tal vez la educación recibida de y por sus respectivas madres tuviera algo que ver en todo esto.

Claro esta que San Fernando y San Luis no son los únicos reyes elevados a los altares. Junto a ellos se podría recordar a San Esteban (I), de Hungría; a San Olav (V), de Noruega, a San Eduardo (II) El Mártir, rey de Inglaterra; a Enrique II, del Sacro Imperio Romano Germánico... al Beato Carlos de Habsburgo, el último Emperador de Austria-Hungría. Y junto a ellos nuestra Isabel de Castilla; o, por qué no, a Gabriel García-Moreno, el Presidente Mártir del Ecuador. Todos ellos pusieron su quehacer al servicio de un ideal superior, todos ellos fueron conscientes de lo que proclamaba Pío XI en la Encíclica Quas Primas: que "los príncipes y los gobernantes... se [persuadan] de que ellos mandan, más que por derecho propio por mandato y en representación del Rey divino, a nadie se le ocultará cuán santa y sabiamente habrán de usar de su autoridad y cuán gran cuenta deberán tener, al dar las leyes y exigir su cumplimiento, con el bien común y con la dignidad humana de sus inferiores". No cabe duda, además, que si en todo creyente las virtudes morales que predica el catecismo son caminos de salvación personal en ellos la prudencia, la justicia, la templanza y fortaleza (junto a la caridad) fueron también los ejes que movieron su acción de gobierno.

Pero, volvamos al rey Fernando, y a su consuegro Jaime I el Conquistador, y a su hijo Alfonso X el Sabio, y a Alfonso XI el justiciero, y a Pedro I, también apodado el Justiciero o el Cruel, según quién escriba la historia, y a Alfonso V de Aragón, el Magnánimo, y a Don Pelayo, y al Cid, y a Roger de Lauria, y al obispo Diego Gelmírez, y a los Reyes Católicos, y a Cisneros, y a Carlos I, y a su hijo Felipe II, y a todos aquellos que se lanzaron a la aventura de evangelizar un nuevo mundo, y a nuestros hombres de letras, y a nuestros santos... Todos ellos forjaron con su valor, con su ejemplo, con su quehacer, la unidad, la esencia de España, esa esencia que hoy vemos como se desmorona ante la impasibilidad de la gran mayoría de nuestros políticos y el impulso de los Ibarreche, los Carod Rovira, los Anxo Quintana y tantos otros.

Habría que recordar aquí, tal vez, aquello que escribiera Menéndez y Pelayo en el epílogo de su Historia de los heterodoxos españo-

les, cuando describía de forma tan brillantemente nuestra esencia, nuestra realidad como nación: “España, evangelizadora de la mitad del orbe; España martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio... esa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra”. Pero también habría que rememorar aquellas proféticas palabras con las que concluía: “El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los arévacos y de los vectones o de los reyes de taifas”. Un visión a la que nos abocaremos si Dios, San Fernando y nuestras oraciones —también nuestras acciones— no lo remedian.

DISCURSO DE MIGUEL AYUSO

(LA CIUDAD CATÓLICA EN EL SENO DE LA TRADICIÓN CATÓLICA)

Al doblar el cabo del año 2000, una revista polaca llamada Christianitas realizó una encuesta sobre la importancia de los hechos acaecidos en el último trecho del siglo XX. Me permito recuperar esta noche lo sustancial de mis respuestas de entonces no sólo porque permanecen inéditas, salvo para los conocedores de la lengua polaca, sino también porque introducen muy bien lo que quisiera transmitir en primer lugar, antes de ofrecer una reflexión final sobre nuestra obra de la Ciudad Católica.

A mi juicio, entre todas las numerosas y graves transformaciones que se han producido en los últimos decenios y que amenazan con influir en los sucesivos, merece destacarse la fragmentación de la tradición católica, que la pone en trance de desaparición. Lo que está en juego es, así, toda una civilización, lo que hemos llamado la civilización cristiana, fagocitada por la hegemonía liberal. Vayamos por partes.

En primer lugar, debe recordarse que cuando hablamos de tradición católica no estamos refiriéndonos sólo a una tradición intelectual, ni siquiera a una completa visión del mundo, sino a una civilización. Un distinguido historiador, Salvador Minguijón, escribió estas líneas luminosas a propósito de la esencia doctrinal del tradicio-